

86/219

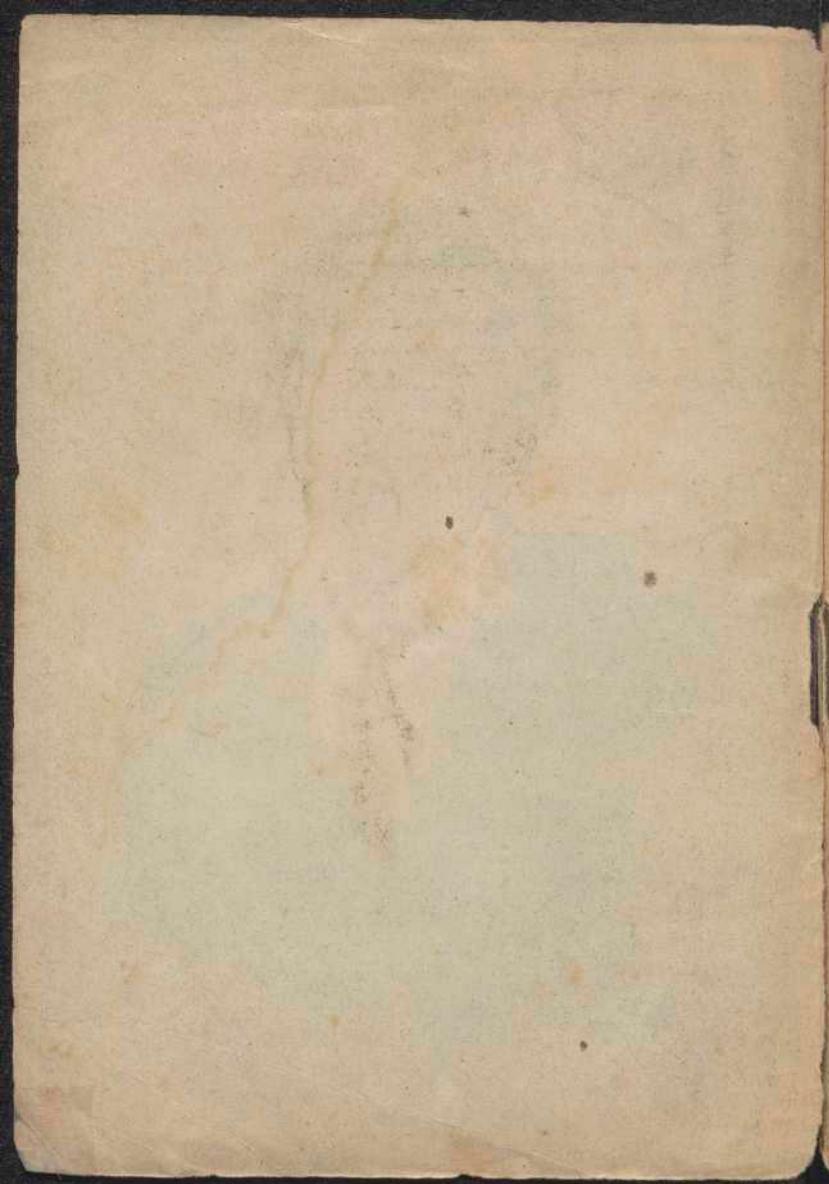
M. Quintanilla 20

LA NOVELA DE HOY

30
ctms

Ganémosle hoy...
por
E. Barriocho y Herrero





DE NUESTRO CONCURSO

Por la antelación con que imprimimos nuestras ediciones, y por estar esperando para cerrar la lista de los trabajos presentados, algunos originales de América anunciados por cable en fecha oportuna y no llegados aún, no hemos podido hasta hoy decir nada relacionado con nuestro concurso de novelas, aunque hasta el día de la publicación del fallo no tenemos obligación de publicar la lista de obras recibidas ni de dar noticia alguna.

Sin embargo, y en vista de las excitaciones impacientes e incorrectas enviadas por algunos anónimos comunicantes, la Dirección de **LA NOVELA DE HOY** "concede a los concursantes que sientan impaciencia o desconfianza el derecho a retirar sus originales, previa presentación del resguardo de entrega, durante el tiempo que media desde la publicación de estas líneas hasta el día 30 de octubre del actual año, los días laborables, de cuatro a cinco de la tarde".

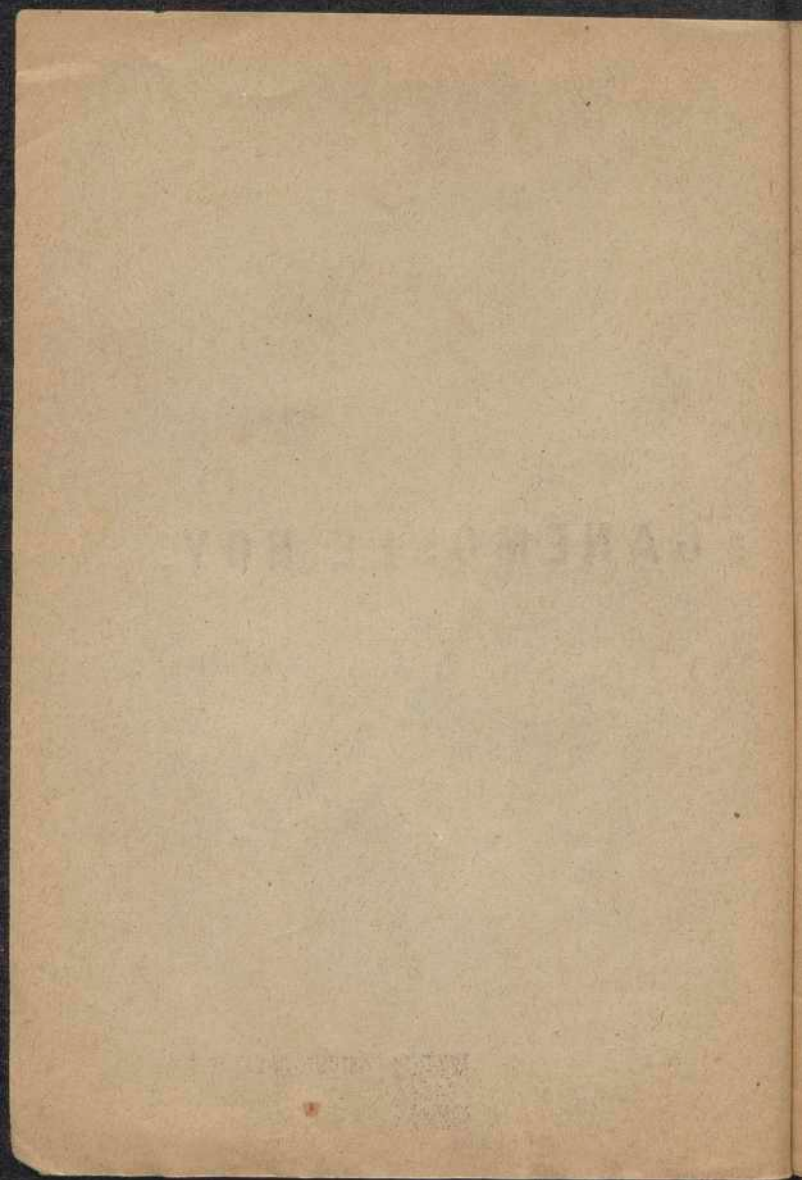
Por lo demás, baste decir que, cuando debamos, publicaremos la lista de los trabajos recibidos y admitidos con arreglo a las Bases publicadas. Hoy sólo decimos que, por la gran cantidad de obras presentadas, la labor del Jurado será penosa y ardua.

LA NOVELA DE HOY

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1 EL MOMENTO DIFÍCIL, por Pedro Mata.—Ilustraciones de Ribas.
- 2 LA CAZA DE LA MARIPOSA, por W. Fernández Flórez.—Ilustraciones de Penagos.
- 3 PANDORGA, por Ramón Pérez de Ayala.—Ilustraciones de Ramos.
- 4 GIORDANO O EL CUENTO DE LOS CINCO FERROS, por José Ortega Munilla.—Ilustraciones de Zamora.
- 5 EL AMIGO DE LA "CURRI", por Joaquín Belda.—Ilustraciones de Robledano.
- 6 EL VAGABUNDO INAPETENTE, por José M.ª Salaverría.—EL PRIMER ABRZO, por Artemio Precioso.—Ilustraciones de Bartolozzi.
- 7 LA CELADA, por Antonio de Hoyos y Vinent.—Ilustraciones de R. Marín.
- 8 VIDA Y RESURRECCIÓN, por Luis Araquistain.—Ilustraciones de Máximo Ramos.
- 9 LOS AMBIGUOS, por Alvaro Retana.—Ilustraciones de R. Marín.
- 10 LA MOCITA DEL COLLAR DE CEREZAS, por Fernando Mora.—Ilustraciones de A. Sánchez Feijó.
- 11 LA SEÑORITA ESTATUA, por Cristóbal de Castro.—Ilustraciones de Penagos.
- 12 EL CAMILLERO DE LA LEGIÓN, por Carlos Micó.—Ilustraciones de Varela de Seijas.
- 13 EL DIABLO DE LOS OJOS VERDES, por Emilio Carrère.—Ilustraciones de Máximo Ramos.
- 14 EL PICADOR Y SU MUJERCITA, por Eugenio Noel.—Ilustraciones de Marín.
- 15 UN CRIMEN PASIONAL, por Alberto Valero Martín.—Ilustraciones de Izquierdo Durán.
- 16 POR SU PROPIA MANO, por «El Caballero Audaz».—Ilustraciones de Penagos.
- 17 COINCIDENCIA EXTRAÑA, por Rafael López de Haro.—Ilustraciones de Máximo Ramos.
- 18 BIARRITZ EN PYJAMA, por Joaquín Belda.—Ilustraciones de Izquierdo Durán.
- 19 EL FRUTO DE SU VIENTRE, por José Francés.—Ilustraciones de Ochoa.
- 20 GANÉMOSE HOY, por E. Carr'obero y Herrán.—Ilustraciones de M. Quintanilla.

GANÉMOSLE HOY..



LA NOVELA DE HOY

Director: ARTEMIO PRECIOSO

Año I 29 Septiembre 1922 Núm. 20

GANÉMOSLE HOY...

(Historia mirífica y edificante de D. Celedonio Pérez Andorga)

por

E. BARRIOBERO Y HERRAN

Ilustraciones de M. QUINTANILLA



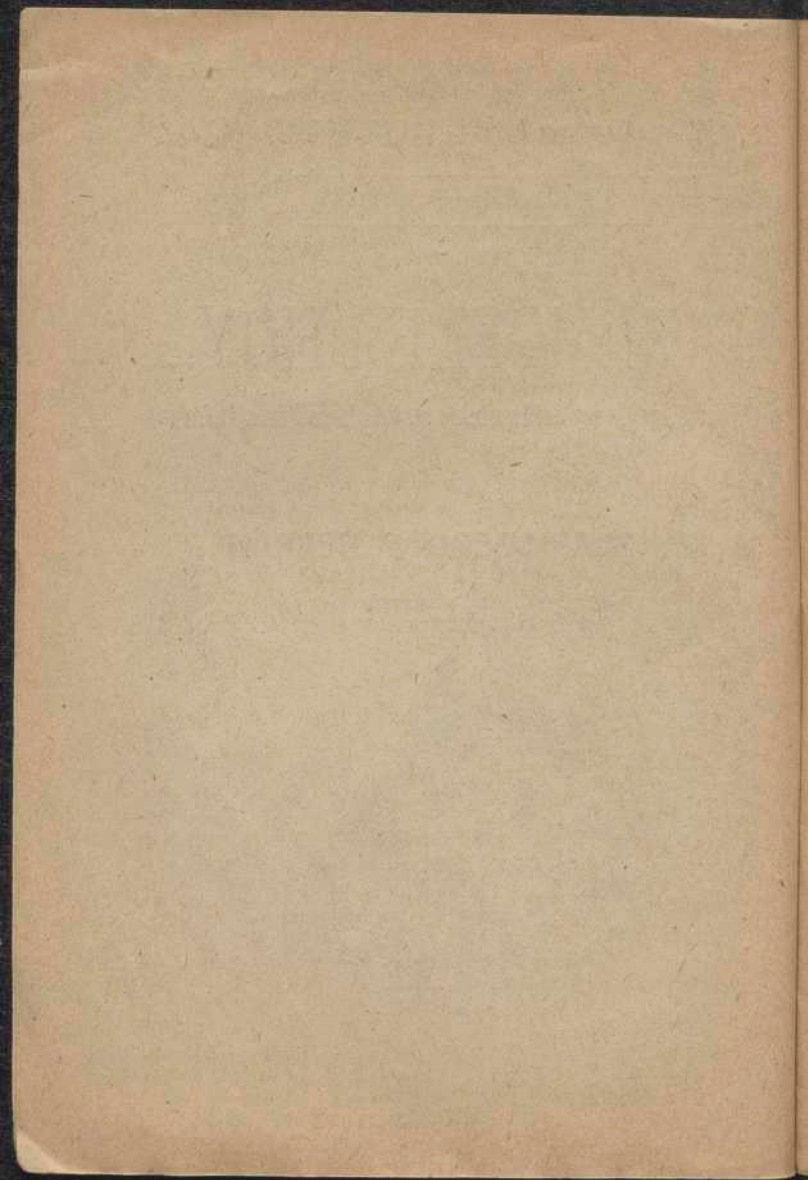
MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20
1922



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA

R. 15917





A MANERA DE PRÓLOGO

La cena de una noche y la
comida del día siguiente...

—Vamos, querido Barriobero, confíesese conmigo... Aunque joven, soy su amigo, y yo le daré mi más completa absolución..., y mi más perfecto reconocimiento. Cuéntemelo todo, todo...

Y el gran humorista, gran abogado y gran político, se sienta a mi lado y comienza a descargar su pecho...

—Me llamo como queda dicho; pero algunas veces dudo, pues los mandatarios de la Justicia y de la Policía, no obstante lo conocido que soy, siempre me preguntan: "¿Cómo se llama usted?" A veces suelo contestar mal, si el indagador impertinente es de los que cuando fui diputado me pidió que le gestionara un ascenso o un aumento de sueldo o tiene conmigo diferentes motivos de amistad o gratitud...

—¿Dónde nació?

—También de esto dudo desde que la teoría de la rela-

tividad ha venido a decirnos que las cosas no están donde las vemos ni las distancias son como la milla y el kilómetro nos aseguran. Hasta que Einstein me sumió en estas perplejidades, aseguré haber nacido en un pueblo de la provincia de Logroño que se llama Torrecilla de Cameros. Allí nació también Sagasta, salvo lo de la relatividad. Pero conste que Sagasta nació un poco antes que yo. He cumplido cuarenta y dos años; iba a decir primaveras, porque soy de raza de nonagenarios y centenarios.

—¿De cuándo data su vocación literaria?

—A los doce años me apasioné por la literatura latina, y a los catorce comencé a escribir cuentos y versos. Pérez Zúñiga, que entonces dirigía un semanario festivo, me publicó algunos epigramas que le envié desde mi provincia. No olvido yo aquel noble proceder de don Juan.

—¿Prefiere la Literatura a la Abogacía?

—¿Pero qué dice usted, querido Precioso? En mi profesión, en la nuestra, mejor dicho, porque sé que usted también es abogado, apenas hago otra cosa que literatura. En mis informes, en mis escritos, en la elección de asuntos, vuelvo siempre por los fueros de la Literatura y del Arte. Si yo lograra hacer escuela, conseguiríamos a favor del Arte la máxima suavidad y la indispensable flexibilidad para la justicia.

—¿Qué asunto, como abogado, le ha dado más dinero?

—En la Abogacía no he tenido asuntos de dinero, es decir, no he dado con el asunto que hace rico a su director; de la carrera vivo y he vivido, y viviría espléndidamente si lo que gano como civilista y mercantilista no me

lo gastara en correr de Audiencia en Audiencia defendiendo procesos sociales y políticos.

—¿Y la Literatura le ha producido mucho?

—En el medio literario me ocurre una cosa curiosísima: para los definidores y para los editores yo no existo, y, sin embargo, el público compra mis libros admirablemente. Mis novelas están agotadas; de *El hombre desciende del caballo* estoy en la cuarta edición, y de una novelita que publicó una revista similar a la de usted se vendieron en una semana más de cien mil ejemplares. Con la Literatura me ayudo a vivir, y de ella he vivido exclusivamente durante muchos años.

—¿Qué ideario político sustenta?

—¡Ah! Pero ¿le interesan mis ideas políticas? Pues diga que soy republicano. Si la democracia de la postguerra se hubiese organizado con arreglo a una fórmula nueva, tal vez hubiese modificado mi credo; pero como no se ha ido más allá de la República soviética, sigo siendo republicano.

—¿Cuál cree que es el político más grande que ha existido?

—En el orden teórico, lo fué y lo sigue siendo Pi Margall. En el orden práctico, lo es Teodoro Massarik, el presidente actual de la República Checoslovaca; durante treinta años de su vida trabajó en la cimentación del nuevo Estado; luego, en veinticuatro horas, lo creó fuerte, sin duda eterno, y sin efundir una gota de sangre.

—¿Qué opina usted de Maura..., como presidente de la Academia?

—Que el acierto más grande de nuestra época es el de haber llevado a Maura a la presidencia de la Academia y a Romanones a la del Ateneo. Si no se hace esto, seguramente ninguno de los dos se habría enterado de la existencia de estas dos instituciones, lo cual hubiese sido lamentable tratándose de los dos más reputados artistas en el arte de gobernar.

—¿A cuáles escritores, clásicos y modernos, admira más?

—Mis dioses magnos son Cervantes y Rabelais. Admiro intelectualmente a Anatole France, a Pitigrilli, un coloso del humorismo a quien aun no hemos desvalijado aquí, y a Pérez de Ayala. Como poetas me entusiasman Víctor Hugo, Heine y Emilio Carrère.

—¿Le gustan más las morenas que las rubias?

—Las mujeres no se han dejado estudiar por mí. Por eso sin duda me gustan todas. Mi tipo es la que sabe estar una hora junto a mí sin aburrirme. No quiero con esto decir que nuestras mujeres sean insociables, ni mucho menos ininteligentes; es que el cultivo de la propia belleza las confina en un estado paranoico del que es muy difícil curarlas. Yo les prohibiría el bolso de mano, para que no pudieran sacar el espejito ni el crayón mientras les contamos cosas interesantes.

En Alemania y en Austria he visto bellezas acromadas de las que invitan a la lucha contra los artículos cuatrocientos cincuenta y tres y siguientes de nuestro Código penal; pero prefiero las bellezas radioactivas del tipo italiano y del tipo español.

—¿...?

—¿Enemigos? No los cuento. Creo con Campoamor que son admiradores inversos.

—¿Qué opina de la envidia?

—Tampoco creo en la envidia. Me parece que quien nos causa un mal, jamás lo hace para procurarnos un dolor, sino para obtener él un beneficio.

Yo a nadie envidio. No hace muchos días me preguntaba una señorita:

—¿Cómo y qué le gustaría ser?

Lo pensé un momento, y contesté resueltamente:

—Lo que soy y como soy, pero con algún dinero.

Y mire usted lo que son las cosas, dos horas más tarde me conducían por la calle quince guardias de los del caduco duro y me atormentaban y me injuriaban en una Comisaría de vigilancia.

—¿Cuál ha sido la mayor satisfacción de su vida?

—He tenido en mi vida grandes satisfacciones. Voy a contarle cómo fué la mayor. La tuve al dar una limosna. No cabe duda, la limosna la inventaron los dioses para que con ella los hombres alcanzaran satisfacciones y placeres.

Hará catorce o quince años, un administrador de casas, apellidado Busto, me desahució con mi propio dinero, esto es, con el mes de fianza de una que ocupaba yo en el barrio de Chamberí.

Dos años después, el Sr. Busto, volteado impiamente por la fortuna, me pidió una limosna en la calle de Sevilla; me di a conocer, y cuando quiso huir, a impulsos

sin duda del remordimiento, lo retuve y le hice tomar una peseta.

¡Qué bien vengado me sentí! ¡Qué gran cosa es la limosna!

—¿...?

—¡Una anécdota de mi vida! ¡Si ya he contado tantas! No quiero, además, desflorar mis Memorias, que empezaré a escribir muy pronto.

No, no me llame avaro; le contaré dos, pero a condición de que la primera la cuente con los nombres y apellidos de sus personajes.

Tenía yo un diario en Sevilla cuando se celebró el famoso juicio administrativo contra Sánchez Dalp, por aquella famosa ocultación de subsistencias. En mi periódico se le había dado mucho aire a la campaña. Hice desde Madrid el viaje para presenciar el juicio, claro está que con las de Caín.

Pero cuando terminó la supuesta prueba, vi que a aquel pobre millonario se le trataba con injusticia evidente y era víctima de una maquinación caciquil. Así lo dije a quien quiso escucharme, y así lo declararé noblemente en el periódico. El interesado, si lee LA NOVELA DE HOY, se enterará hoy precisamente de esto.

Regresé a Madrid; fui a un Ministerio para gestiones propias del cargo de diputado que ejercía, y en la antecámara encontré al marqués de Aracena, jefe político de los conservadores de Huelva y hermano del perseguido Sánchez Dalp.

A causa de la hostilidad paleta con que me habían

acogido los próceres de Huelva cuando conquisté un distrito en su provincia, retiré el saludo a todos, incluso al marqués de Aracena.

Pero en aquel momento no se pudo contener; vino a mí, y con lágrimas en los ojos me agradeció la hidalguía de que había usado para con su señor hermano.

A continuación entró a ver al ministro, y consiguió que se me lanzara violentamente de mi distrito por la destitución y procesamiento de los Ayuntamientos y las Juntas del Censo que me eran adictas.

La otra es un poco más interesante.

Recordará usted aquel movimiento de protesta que yo acaudillé y dirigí cuando el hundimiento del Tercer depósito. Por la noche, llevando al frente una bandera negra, impusimos el luto lanzando a la gente de los teatros, y abrimos suscripciones en los Casinos. Cuando me retiré a dormir, llevaba en el bolsillo más de quince mil pesetas para repartirlas al día siguiente entre las viudas y los huérfanos.

Pero al salir de mi casa con este fin, me detuvo la Policía y me llevó al Juzgado de guardia.

Me notificaron el auto de procesamiento; podía quedar en libertad mediante una fianza de dos mil pesetas. Un momento dudé; pero, al fin, me sentí espartano y fui a la cárcel, en donde estuve cinco meses.

Al día siguiente, al través de la reja, envié aquel dinero a su destino.

—Detalles de buen muchacho.

—Sí; ahora está de moda el parecerlo; pero escriba

también que me revienta el Juanito como arquetipo pedagógico y que es verdad lo que hace poco refirió de mi Vida Nueva: que fui al atraco y que por este procedimiento, tan lícito para obtener bombos, originales y demás bienes del orden intelectual, me busqué la cena de una noche y la comida del día siguiente...

Por la transcripción,

Artemio Precioso



GANÉMOSLE HOY.

(Historia mirífica de D. Celedonio Pérez Andorga.)

I



N día *El País* publicó este suelto:

"GRANDIOSO MITIN

Grandioso y superior a toda ponderación resultó el acto celebrado anoche en el Centro republicano de las Vistillas.

Por falta de espacio no podemos reproducir los interesantísimos discursos que pronunciaron todos los oradores, así que nuestros correligionarios nos perdonarán el que por hoy únicamente nos ocupemos de la relevante figura de don Celedonio Pérez Andorga.

Es este joven uno de los oradores más completos que en estos tiempos hemos escuchado; cuando habla parece



iluminado por los rayos vibrantes del ideal, y sus apóstrofes, siempre retóricos y dialécticos, siempre justos y oportunos, caen como golpes de maza sobre todo lo viejo y caduco que nuestras legiones combaten.

Anoche, en el Centro de las Vistillas, la palabra formidable de nuestro querido y admirado amigo y correligionario don Celedonio Pérez Andorga hizo crujir con crujidos de agonía el Trono y el Altar."

Al día siguiente *El Debate* copiaba el suelto y comentaba:

"El partido—mejor acaso estuviera decir el *pulverizado*—republicano ha encontrado en don Celedonio Pérez Andorga su Epaminondas, su Demóstenes y su Alcibíades, todo en una pieza."

Don Celedonio leyó *El País*, compró una porción de ejemplares, y luego de acotar el suelto con un lapicero azul, lo envió a sus amigos y a los que consideraba él como sus enemigos.

De lo que decía *El Debate* no se enteró.

/ II

Después de haber ensayado inútilmente todos los oficios poco penosos y de haber fracasado en el socorrido negocio de las comisiones y representaciones, don Celedonio Pérez Andorga logró un puesto en el escritorio de la casa comercial Cachicán y Compañía, y en el que se hizo firme, puesto que antes de conquistarlo ya le había visto las orejas al lobo.

Un año llevaba en la casa y ni un día faltó a su obligación, ni un minuto restó a su larga jornada.

Para con el jefe, don Silvestre Cachicán, procuraba tener toda clase de complacencias y delicadezas; cuando sacaba un cigarro, apresurábase a procurarle fuego; cuando se dejaba las gafas sobre la mesa, se las limpiaba con un pico del pañuelo antes de devolvérselas; cuando llegaba de la calle, lanzábase a tomarle el bastón, el paraguas o el gabán; si tosía, ofrecíale pastillas; si estornudaba, decíale ¡Jesús!, y si encontraba ocasión, aun cuando fuese cogida al vuelo o tomada a contrapelo, elogiaba su talento, su conducta, su salud, su elegancia, su bondad o su fuerza física.

Don Silvestre no era insensible a estos cumplidos, y a pesar de su carácter agrio y de su arraigada misantropía, íbale cobrando cariño.

Al día siguiente de su triunfo oratorio entró Pérez Andorga en su oficina un poco amargado; le parecía una grave injusticia social el que un hombre de su mérito tuviese que vivir confinado en aquella sórdida covachuela para ganar una soldada que únicamente le permitía vivir, sin vicios ni expansiones.

Abrió su taquilla, sacó sus plumas, destapó los tinteros, se colocó los manguitos y comenzó su tarea de escribir cartas y facturas.

Unos minutos después entró don Silvestre Cachicán con la cara estirada y seria, las gafas sobre la frente y un periódico en la diestra.

—¿Usted sabe—le preguntó ceñudo—si en Madrid, además de usted hay otro don Celedonio Pérez Andorga?

—Creo que no, don Silvestre; que yo sepa, no tengo parientes.

—Entonces... ¿es usted el orador que con sus apóstrofes hace crujir el Altar y el Trono?

—Elogios innmerecidos de los amigos, señor Cachicán; yo hablo, pero realmente no tengo esas condiciones que me atribuyen.

Pérez Andorga bajaba el rostro, encendido de rubor y de satisfacción. ¡Cómo había yo de suponer, se decía, que este señor, mi respetable jefe, iba a resultar correli-gionario!... Porque ha leído *El País*, no cabe duda...

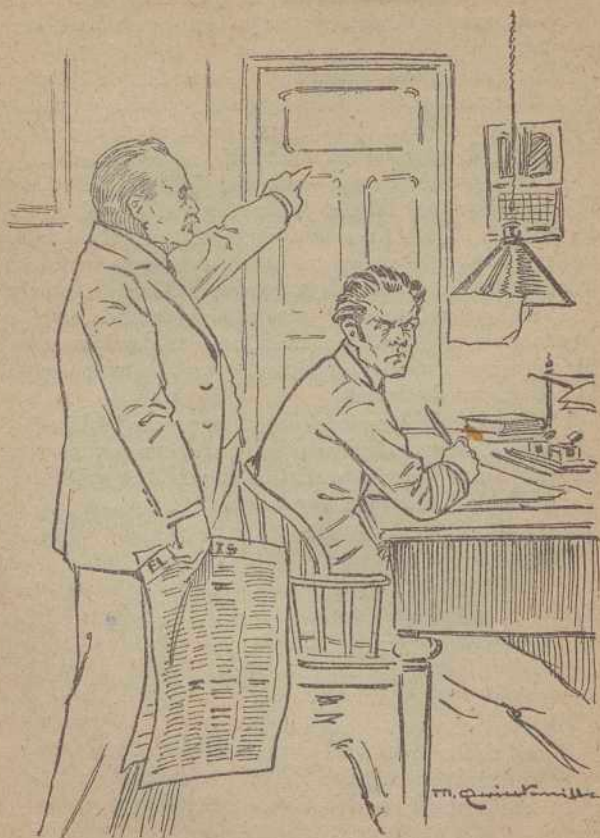
—Pues aquí tiene usted—dijo don Silvestre sin mirarle y contando unos billetes—el mes corriente y el de indemnización. Esa es la puerta, señor mío, y no me toque un papel más, que no sé cómo voy a arreglarme para quitarles el olor de azufre. Vaya usted a destruir el Altar y el Trono y que Satanás le acompañe; y cuando entre a depender en una casa, procure informarse de si sus dueños son gente honrada o religiosa, que es lo mismo, para no ofender sus sentimientos.

Y con el índice huesudo de su mano izquierda señalaba don Silvestre Cachicán la puerta implacablemente, mientras con la derecha acariciaba el periódico que le había traído la libertadora revelación.

III

Don Celedonio, lejos de lamentar como una desgracia su cesantía, sintióse víctima de la reacción, de la *garra*, de la *araña negra*, y de ello se enorgullecía en todas partes.

Además le pareció que aquellos billetes que en su mano pusiera don Silvestre iban a ser inagotables y, por



otra parte, a favor de su libertad y de su tiempo abundante para *actuar*, consideraba asegurada su carrera política.

Contó su contratiempo en *El País*, y a su disposición fueron puestas aquellas maternas columnas para que escribiera, como escribió, medio ciento de líneas en las que, bajo el epígrafe *Una infamia*, llamaba a don Silvestre hijo bastardo de la burra de Balaam y le amenazaba terroríficamente para el día del triunfo.

Cachicán se querelló ante los Tribunales, y Pérez Andorga fué procesado: una nueva gran cruz del mérito republicano que colgó de su pecho.

Los billetes se acabaron. Don Celedonio nada hizo para obtener una nueva colocación, salvo el multiplicarse en los mítines republicanos y escribir versos o trabajos literarios en el órgano del partido, seguro de que así *destacaba su personalidad* y vendrían a buscarle.

Pero no venían, y se le agotó poco después que el dinero el crédito, y fueron con él los bancos del Prado y las colas del Refugio y los divanes de la Redacción, en donde muchas veces se hicieron colectas para socorrerle, se le pagaron tajadas de bacalao y raciones de callos, y se le recomendó a los concejales del partido para que le dieran un destino en el Ayuntamiento.

Una madrugada entró a comprar diez de puntas con los únicos diez céntimos que, con el pretexto del sereno, había logrado extraer a un correligionario; y al traspasar el umbral de una presuntuosa *fábrica de buñuelos* de la calle de Lavapiés, desde el fondo brumoso del establecimiento le llamó una voz chillona y ceceante.

Pérez Andorga reconoció en seguida a su antiguo y consecuente correligionario García Ratizo, a quien no veía desde dos meses antes.

—Siéntate, siéntate, hombre, y pide lo que quieras;

charlaremos un rato, si es que no se te han subido los humos con esos bombazos que te da *El País* a cada discurso que pronuncias.

Pérez Andorga tomó asiento y, deferente a la invitación de Ratizo, tomó además una docena de buñuelos y un par de copitas de Monóvar.

—Parece como si tuvieras hambre—le dijo su Mecenas.

—Parece y es verdad; estoy pasando *el Rubicón*.

—Pero ¿no estabas colocado en un escritorio?

—Tú lo has dicho: estaba; pero en cuanto mi jefe, que es un beato de siete suelas, se enteró de mi personalidad, me puso de patitas en la calle.

—Y ahora, ¿qué haces?

—Espero que me coloquen en el Ayuntamiento los concejales republicanos.

—Espera sentado; seis años me tuvieron a mí de antesala, y, al fin, los envié de paseo. Como no te las busques por otro lado, lo que es los republicanos no te han de matar el hambre.

—Pues ya ves los de la acera de enfrente lo que han hecho conmigo.

—Yo no puedo decir lo mismo.

—Pero... ¿ya no eres republicano?

—¡Infeliz! Yo tengo bastante cerebro para saber retirarme a tiempo de esas cosas.

—¿Lo dices de veras?

—Y desde que me retiré como todos los días y nunca me falta un duro.

—¿Te han colocado?

—Sí y no; si hemos de ser amigos, aunque no seamos correligionarios, te lo explicaré.

—Yo siento mucho tu desertión; pero no tanto como para retirarte mi amistad.

—Pues verás; un día, cansado ya de pasar fatigas,

le hice un corte de mangas a la República y me declaré hombre libre; como tal me presenté en la Dirección de Seguridad y me ofrecí para confidente. Me aceptaron, y aquí me tienes.

—Yo no sirvo para eso.

—A mí tampoco me gusta mucho; pero mientras sale otra cosa...

—Y ¿qué sueldo te dan?

—Por eso no dan sueldo; me dieron diez licencias para explotar en las tabernas máquinas de esas que llaman *tragaperras*. Los que tienen las máquinas me alquilan las licencias, y con lo que me pagan voy viviendo.

—Pues no me convence mucho tu actual prosperidad.

—Claro que no es una gran cosa; pero menos tienes tú. Ya he ideado otro plan. Voy a ponerme al habla con el padre Molares que, según me han dicho, es el que corre ahora con eso de la captación.

Pérez Andorga no quiso escuchar más. Miró indignado a su amigo y ex correligionario, le tendió fríamente la mano y corrió a *El País* a purificarse y a dormir en un diván el resto de la noche.

IV

El discurso más hermoso y elocuente de cuantos en su vida pronunciara don Celedonio Pérez Andorga, por desgracia para las antologías de la elocuencia, quedó inédito, y además no hubo quien lo escuchara. Fué el monólogo que hizo y recitó en voz imperceptible mientras

con lentos pasos y haciendo frecuentes paradas se trasladó desde la calle de Lavapiés a la de la Madera.

Trazó un parangón de la vida de García Ratizo con la de don Oppas; lo comparó luego con Bellido Dolfos, y así fué exhumando los huesos de todos los traidores cuyos nombres llegaron a sus oídos para golpear con ellos las carnes flácidas de su amigo.

Estos hombres sin ideales—se decía—son como la langosta de los partidos honrados; son los cartagineses de la política. Por ellos, luego las masas desconfían de todos, puesto que no tienen sensibilidad para distinguir el trigo de la cizaña.

Maldijo con horribles maldiciones la memoria de cuantos hicieron lo mismo que García Ratizo, y como al despertar un instante de estos entretenimientos se viera ya en la calle de la Luna, cerró la hermosa pieza oratoria con el juramento más solemne de perseverar hasta la hora de la muerte en su fe política, aun cuando todos los azotes, todas las plagas, todas las persecuciones y todos los escarnios cayeran sobre su rostro y sobre su vida.

Cuando llegó a *El País* la Redacción estaba cerrada, y, resignado a su triste sino, ambuló paseando por las calles de Madrid sus amarguras.

Los buñuelos habían acabado de prestar benévolamente al estómago de don Celedonio sus calorías, así que el hambre y el frío, como aviesa pareja de malhechores, le atacaron a la vez; hízose presente también el sueño con su señora la fatiga, y entre todos lo empujaron a un banco de la plaza de Santo Domingo. Al llegar, miró al cielo con el gesto retador de don Juan, y vió entre los celajes asomar el día nuevo que le sonreía burlonamente.

Un momento se durmió soñando grandezas; pero sólo fué un momento, porque un honrado manguero de la villa lo engatilló con su aparato y lo puso como ya quisiera



verse nuestro señor el Manzanares en tiempo del albillo.

La ruda impresión púsole en pie y lo determinó a lanzarse ferozmente sobre su agresor; pero cuando se dió cuenta de que lo esperaba puntero en ristre y de que le acompañaba su ayudante, y de que a pocos pasos de distancia dos guardias celebraban con sanas y francas carcajadas el sucedido, conformóse con mirar a todos con la actitud de aquel figurón de zarzuela grande a quien de chico le oí aterrado bramar más bien que cantar:

*"¡A mi linaje
tamaño ultraje!"*

El ayudante del manguero remachó el clavo del dolor de don Celedonio cuando piadosamente le dijo:

—Por lo visto eres nuevo en esa posá y no conoces el despertador que tenemos pa los golfos.

Don Celedonio Pérez Andorga huyó aterrado de aquel lugar de su ludibrio. Le habían tomado por un golfo, a él, al orador más completo y elocuente de todo el partido republicano contemporáneo.

La melancolía, la desesperación, la rabia, se iban apoderando de su espíritu a medida que la humedad se apoderaba de sus huesos, y como a su alcance no tenía modo de remediar ni de paliar sus males, llegó a un paroxismo en el que maldijo su suerte, sus ideales, sus correligionarios y su elocuencia, y consagró un recuerdo piadoso y dulce a don Silvestre Cachicán, que durante un año entero lo tuvo a cubierto de tan crueles desdichas.

Una idea salvadora llegó de pronto a su atormentado cerebro: Molares, sí...; Molares se llama; nos hemos metido en el periódico con él varias veces. Hoy le como la partida a Ratizo.

Y se lanzó sobre una beata que en dirección opuesta a la de él venía.

—Buenos días, señora. ¿Podría usted decirme en qué iglesia encontraría yo al padre Molares?

—Sí, sí, hijo mío—balbuceó la vieja—. Venga, venga conmigo; es mi confesor, un sabio, un santo, un hombre—¡que dispare, hijo mío, un hombre!—, una persona honradísima.

V

Por de pronto, de la conferencia con el padre Molares salió don Celedonio Pérez Andorga embutido en un gabán de color de chocolate y un poco pasado de moda, y con dos duros en el bolsillo del chaleco.

Por cierto que los dos duros eran nuevecitos y hasta parecían tener el calor del troquel o del horno.

Pérez Andorga, que no se había podido desprender repentinamente de sus prejuicios republicanos, tuvo un mal pensamiento:

¿Se dedicarán estos *hermanos... de nuestros padres* a la fabricación de moneda falsa?

Y la inquietud le acompañó hasta que un camarero del Oriental cobró de uno de los duros el importe de un café con media de abajo y la manteca aparte, y le dió la vuelta en pesetas cansadas de rodar por el mundo.

—Yo no soy un cualquiera—había dicho al fraile—. Vea en la colección de *El País* lo que soy y lo que significo, y si ustedes me tratan con arreglo a mis méritos, sacándome por de pronto de esta desdichada situación que me impulsa violentamente al suicidio, me comprometo a servir su causa durante todos los días de mi vida.

El padre Molares aceptó en principio la oferta de don Celedonio y pidió un plazo de cuarenta y ocho horas para resolver en definitiva, socorriéndole de momento, con el fin de que pudiese aguardar sin inquietudes.

Administró los dos duros lo mejor que pudo para que le durasen los dos días. No volvió a *El País*, y cuando en la calle encontraba un correligionario, se metía en un portal o se hacía el distraído.

De lo que de pronto no pudo curarse fué de la costumbre de trasnochar y andar errabundo por las callejas más excéntricas y solitarias.

En una de ellas tuvo un feliz encuentro. De una casa *non sancta* vió salir, con el rostro mal encubierto por el cuello del abrigo, nada menos que a su ex respetable jefe don Silvestre Cachicán, gerente y alma de la razón social Cachicán y Compañía.

Sin vacilar le salió al paso y lo tomó del brazo campechanamente.

—Todos aramos, mi señor don Silvestre—le dijo irónico—, como replicaba el mosquito al buey. Esto no es precisamente destruir el Altar y el Trono; pero se le da un aire.

—Y ¿qué tienen que ver los altos ideales de la Humanidad con las flaquezas de la carne?—repuso el devoto tímidamente.

—No lo sé. Ya se lo dirá mañana el periódico, que haré llegar a manos de doña Micaela, a los consocios de usted y a las congregaciones religiosas a que usted pertenece. Dios es justo y acaba de proporcionarme el más delicioso desquite. Buenas noches, mi respetable jefe.

Y Pérez Andorga hizo a don Silvestre una grotesca inclinación de cintura.

Pero su ex jefe no lo dejó andar, sino que tomándole

del brazo le pidió conmiseración con lágrimas en los ojos.

La escena terminó con un trasiego de cincuenta duros de la cartera de don Silvestre al bolsillo, acaso roto, de don Celedonio.

Este, además, bajo las mismas amenazas que dieron como fruto las doscientas cincuenta pesetas, le requirió a que al día siguiente, con todas las formalidades legales, desistiera de la querella por injurias que contra él tenía en tramitación.

Luego se despidieron estrechándose la mano como antiguos y cordiales camaradas.

Se acomodó Pérez Andorga en una modesta hospedería. Mientras le llegaba el sueño pensó si debía cortar sus relaciones con el padre Molares y seguir el camino que le indicaban sus convicciones, al menos mientras le durase el dinero; pero temeroso de cerrarse para siempre aquella puerta excusada y secreta de la vida, decidió persistir en su claudicación.

Muy de mañana salió a la calle. Un averiado espejo del hostel le insinuó que aquel gabán no era digno de un hombre que poseía la cuantiosa suma de mil veintitantos reales, y decidió adquirir una capa en la calle de la Cruz; por entonces las había hasta de cinco duros; compró una de diez, se embozó en ella gentilmente, y con el gabán plegado sobre el brazo izquierdo marchó a la residencia del fraile, diciéndose decidido:

—Voy a dar un golpe.

VI

—Padre Molares—declamó con voz segura y en tono de hombre satisfecho—, uno de los mil anzuelos que en

aguas lícitas puse durante mis angustiosos días anteriores hizo fortuna; tengo algún dinero y no obstante persisto en la determinación de rectificar mis errores y acojermene a la tutela de ustedes; pero como por ahora no lo necesito, le devuelvo el gabán para que con él acuda en socorro de otro miserable.

El padre Molares elogió cumplidamente aquel rasgo; inclinado como estaba a proteger a Pérez Andorga, aquello le decidió completamente, y en señal de alianza lo estrechó contra su corazón.

—En Madrid—le dijo—habría de serle a usted muy difícil cumplir su cometido sin sufrir vergüenzas o sarcasmos. Lo enviaremos a una provincia meridional con un destino en la casa de cualquiera de nuestros amigos. Prepare su viaje y venga a verme dentro de ocho días; para entonces lo tendré todo resuelto.

Al rayar el séptimo de los ocho días del plazo concedido, sin que le fuera dable adivinar qué fuerza misteriosa lo condujo allí, encontróse a la puerta del cafetín de Lavapiés en el que otro día diera con su amigo el ex conspicuo republicano García Ratizo.

Maquinalmente entró, miró al fondo, y allí lo descubrió, sentado junto a la misma mesa y con el mismo gesto de hombre satisfecho. Pero, ¡oh, asombro de los asombros!, llevaba puesto el mismo gabán que nuestro hombre devolvió al padre Molares, y, como recabara el galante privilegio de pagar el consumo, lo hizo con un duro refulgente, como si lo hubiesen cuajado en aquel mismo día...

VII

Marchó Pérez Andorga a la capital de la provincia meridional que el padre Molares le indicara. Con un sueldo de dos mil quinientas pesetas habría de prestar sus servicios en la casa de banca de los señores "Hijos de Juan Rapaz y C.". Iba además consignado como un fardo al padre Loureiro, que le aguardaría en la estación con un número de *El Sol* en la mano como contraseña, para hospedarle y dirigir sus primeros y sus últimos pasos.

El padre Loureiro lo condujo a una casa muy cristiana de huéspedes selectos, en la que por veinte duros al mes se comprometieron a prestarle la más completa y cariñosa asistencia.

Regían aquella santa casa una madre y una hija; ésta apenas había entrado en esa edad en la que los años de las mujeres dejan de ser primaveras y comienzan a ser otoños. Era morena, de ojos animados y golosos, opulenta de carnes y de habla dulzona y acariciante.

Vivían allí un magistrado de la Audiencia y un coronel con mando en plaza; hospederas y huéspedes comían juntos a la mesa, y bajo la guía del magistrado se rezaba el rosario todas las noches al terminar la cena.

Era este señor un sincero creyente a quien dictaba el corazón sus devociones; del coronel, en cambio, se decía en la ciudad otra cosa. En el Casino y en las tertulias de amigos se mostraba, si no incrédulo, por lo menos como incluso en esa categoría de católicos que se llaman a sí mismos creyentes, pero no observantes, concluyendo

que se hartaba de avemarías y kiries a cambio de contemplar a su gusto la opulenta belleza de su pupilera. No pocos llegaron a decir que desde la vida contemplativa dió algunos pasos afortunados hacia la vida activa.

Una criada despedida de la casa pocos días antes de la llegada del señor Pérez Andorga, contó en una tienda una escena digna de la pluma de Brantome, aquel bondadoso clérigo que no relataba los deslices de sus heroínas sin encabezar la narración con estas palabras, en él casi rituales: "Erase una muy noble y honesta dama..."

Habló la criada de una sorpresa de la madre, de un requerimiento al matrimonio, de una excusa invencible, puesto que el coronel estaba separado amistosamente de su mujer, y de una promesa de casar a la chica a satisfacción de todos, cuando la ocasión se presentara.

De tan nobles y honestas damas no se pueden creer tales extremos. No es la primera vez que a tanto y a más llega el despecho y alcanza la malevolencia de una criada despedida.

Don Celedonio Pérez Andorga, a favor de la recomendación del padre Loureiro, fué recibido en la casa del modo más afable por los huéspedes y del modo más efusivo por las patronas. La madre le prometió cuidarlo como a un hijo y la hija como a un hermano.

Por su parte, Pérez Andorga, identificado con su nuevo rumbo, se asoció al rosario y a todas las demás prácticas religiosas, y a todos daba ejemplo de fe y de mansedumbre.

VIII

A las nueve en punto de la mañana, como habíale encargado el padre Loureiro, presentóse don Celedonio a tomar posesión de su cargo en la casa de banca de los señores "Hijos de Juan Rapaz y C."

Estaba instalada en una de las calles más céntricas de la ciudad, en un caserón del siglo XVIII, rico en rejas y pobre en ventanas.

Sobre el amplio y robusto portón destacaba una placa de porcelana, con el retrato barnizado de Jesús, que señalando su corazón, desnudo de tejidos y membranas, decía sonriente: "Yo reinaré".

Franqueó aquella puerta y en el fondo vió otra de menudos paneles, en la que con letras de estarcido habían escrito:

"Esta casa es santa
y no se permite blasfemar."

Antes de tocar el timbre detúvose a leer sobre la blanca pared del portalón, a su derecha, esta otra piadosa advertencia:

"Jesús, y qué mal haría
el que en esta casa entrare
y por descuido dejare
de decir "Ave María".
Y también aquel que oyendo
palabra tan celestial,
no respondiere puntual:
"Sin pecado concebida".

Quedó enterado y comenzó a parecerle todo aquello mucha religión para él, que hasta entonces ninguna tuvo. No obstante, cuando la puerta se abrió para darle paso apresuróse a cumplir con exceso la recomendación y dijo: haciéndose la señal de la cruz:

—Ave María Purísima...

—Sin pecado—le contestó como distraído un portero viejo.

Al enterarse de su pretensión lo condujo al despacho del jefe de la casa, quien lo recibió con un gesto altivo y frío y le señaló un pupitre sobre el que habría de realizar su trabajo, todo ello después de haber leído y releído la carta de presentación que al salir de Madrid le dió el padre Molares.

Luego le entregó un impreso para que lo llenara; era un padrón minucioso en el que además de sus nombres y apellidos, su edad y procedencia, había de declarar mil particularidades banales referentes a sus padres y a sus hermanos, enfermedades que tuvo en su niñez, pueblos que había visto, etc., y terminaba aquella confesión general con una renuncia terminante a todas las concesiones del Código de Comercio para el caso de despido.

Por último, le dió un voluminoso legajo de correspondencia para que la contestase con arreglo a indicaciones adecuadas.

Don Celedonio puso toda su voluntad y toda su inteligencia al servicio de su deseo de entrar con buen pie en aquella casa, y por ello tuvo el primer contratiempo. Sobre todas las cartas, sin distinción, trazó una cruz, creyendo halagar así los sentimientos de los señores "Hijos de Juan Rapaz y C."; pero cuando las llevó a su principal para que las firmara, éste, violento y desencajado, le gritó:

—¡Pero, bendito de Dios! ¿De dónde viene usted



que no sabe lo que es una casa de banca? ¿Cómo puede ignorar que la mayoría de estos señores a quienes las cartas van dirigidas son judíos, y poner la santa cruz en sus manos es cometer la mayor de todas las herejías y el más mortal de todos los pecados?... Rehaga usted ahora mismo esa correspondencia y le cargaré en cuenta el importe del papel inutilizado por su culpa.

Las horas de trabajo eran de nueve a dos y de tres a siete. Los domingos, salvo la obligación de asistir con el jefe a la misa de precepto, teníanlos libres los empleados de la casa Rapaz, excepto algunos en los que se veían obligados a asistir por las tardes a Juntas de cofradía, a rosarios o a procesiones.

La paga se cobraba puntualmente; pero siempre había descuentos considerables. En el libro de memoria de nuestro don Celedonio Pérez Andorga figurábase de este modo la cuenta de muchos meses:

Haber	208,30 pesetas.
Debe:	
Para doña Dalmacia.....	100
Para la gramática.....	30
Para las ánimas benditas.....	50
Total.....	180
Saldo para mí.....	28,30 —

Doña Dalmacia era la patrona; no sé si lo he dicho.

La partida para la gramática referíase a los descuentos y las multas que el señor Rapaz jefe había establecido para sancionar las faltas de ortografía, de puntuación o de sintaxis; y bajo el epígrafe para las ánimas benditas incluía don Celedonio las cuotas que le hacían pagar en las Congregaciones religiosas y en los círculos

católicos, y los donativos piadosos que le extraían con extraordinaria frecuencia.

Cada vez que tenía que comprarse unas botas, un sombrero o una prenda de vestir—en traje entero no había para qué pensar—advertía que había vendido mal su alma y que eran muy raquíticos y amargos los frutos de su claudicación. Y siempre que la reflexión lo empujaba por estos caminos, rezaba a regañadientes los rosarios hospederiles.

En un mes de julio, en una tarde abochornada y candeante, con motivo de una fiesta piadosa organizada por la familia Rapaz, hiciéronle llevar por todas las calles de la ciudad un estandarte de terciopelo bordado en oro, que pesaba más de cuarenta kilos, y presentarse además vestido de negro, con una banda morada y una cinta roja al cuello; pensó entonces si debía o no volver a su primitivo camino, y hubiera vuelto si su ángel tutelar no trajera a su memoria la ducha de la plaza de Santo Domingo, precisamente cuando al pasar con aquellos arreos junto a un círculo republicano, sin conocerle, le increpó un ex correligionario al ver cómo sudaba la gota gorda:

—Mira ese chupacirios lo que trabaja por no trabajar.

IX

En el hostel consolábase muchas veces de sus amarguras. Doña Dalmacia lo cuidaba efectivamente como a un hijo, hasta el extremo de entrarle a la cama todos los días el desayuno, cosa que no hacía, según ella, con



ningún otro huésped; el magistrado y el coronel dispensábanle verdadero afecto, y los ojos luminosos de la niña más de una vez tuvieron para él caricias inefables. Don Celedonio no las buscaba, porque jamás fué mujeriego, ni en su vida de radical ni en su vida de católico; pero no por eso dejaba de agradecerlas de todo corazón.

Los calores hicieron enfermar a doña Dalmacia; pasaba malas noches, se levantaba tarde, y mientras la normalidad volvía, era Sabina, la hermosa y opulenta hija, la encargada de entrarle a la cama el café.

El primer día Pérez Andorga la miró ruborizado y no se atrevió ni aun a darle las gracias por tan alta atención. El tercero, después de haber estado pensando en ello toda la noche, le dijo en tono suplicante:

—Siéntese aquí, en mi cama, y cuénteme cosas; alégreme un momento esta vida de molusco que arrastro por el mundo.

Sabina, con una gran naturalidad, se sentó; se quejó del calor que hacía y entornó la cabeza como si aguardara una caricia.

En aquel momento abrióse la puerta repentinamente y apareció la escuálida y apergaminada figura de doña Dalmacia.

—¡Traidor! ¡Infame! ¡Con las atenciones que aquí le hemos guardado! ¡Parece mentira! ¡Devuélvame ahora mismo la honra de mi hija!—gritaba entre sollozos angustiosos.

Y apareció en seguida el coronel armado de todas armas; le seguía el padre Loureiro con sus ciento veinte kilos de grasa, que desde muy pocos días antes llegaba en las primeras horas de la mañana para hablar con el militar de asuntos graves y reservados.

—Caballero—dijo aquél—, cuando en una casa honrada se cometen estas demasías, es preciso sufrir la san-



ción correspondiente. Usted se casará lo antes posible con esta señorita o yo he de tomar su honor a mi cargo y de él me responderá usted en todos los terrenos...

—Hijo mío—corroboró el padre Loureiro acariciándose la barriga—, los hombres somos flacos; pero Dios es piadoso para los que se apresuran a remediar el daño que causan.

Don Celedonio juró por lo más sagrado su inocencia; Sabina calló; doña Dalmacia gritó más fuerte y el coronel, puesta la mano en el puño de la espada, volvió a declamar su requerimiento y su amenaza.

Por último, Pérez Andorga, como si aquel fuera un incidente fatal de su nueva situación, claudicó y dió palabra de casamiento.

El coronel se apresuró a recogerla y a garantizar su cumplimiento y el fraile prometió ser en cuanto a lo ocurrido una tumba para con la casa Rapaz y para con el padre Molares, de cuya promesa quedaría relevado si don Celedonio, libre del filo de la espada del coronel, se apartaba de su compromiso.

El magistrado, atraído por los gritos, asomóse un momento al lugar del suceso; se hizo la señal de la cruz y retrocedió asustado; pero sin forzarse para amortiguar en sus labios una sonrisa de hombre que está en posesión del secreto de la tragicomedia.

Don Celedonio Pérez Andorga arregló sobre la marcha sus papeles y contrajo matrimonio civil y canónico con doña Sabina Fernández de la Raposa.

Dos meses después, como en la casa se quedaran sin criada por unos días, freía los huevos para el almuerzo y le entraba el desayuno a la cama al coronel.

X

Doña Sabina fué una esposa honesta y cristianísima. Su belleza, lejos de marchitarse, aumentó a favor del matrimonio. Pero estas excelencias no le bastaron para hacer feliz a su marido. Y no es que éste fuera exigente, ni que jamás sintiera la amargura de haberse casado por determinación ajena en vez de hacerlo por propia determinación. Lo que sucedió es que doña Sabina lo consideró desde el principio como un ser inferior, lo vió como la meta truncada de sus ensueños y de sus aspiraciones y le consagró, si no el odio, por lo menos la aversión que en la vida se suele tener a todo lo que tuerce nuestro camino.

En las discusiones conyugales, que muchas veces tomaban el carácter de ásperas disputas, doña Dalmacia, el coronel y el magistrado daban resueltamente la razón a doña Sabina; la servidumbre tenía lo por un doméstico más; perdió, en una palabra, todas las preeminencias del huésped que paga puntualmente, y a cambio de esta pérdida lamentable ninguna compensación obtuvo.

Se quejó al padre Loureiro y éste le aconsejó que sufriera con paciencia para garantizarse el logro de una buena parte de Paraíso, que Dios sin duda le tenía reservada y hasta acotada para pastos, leña y caza.

Una vez pensó si entregando más dinero a doña Dalmacia, pues desde que se casó le entregaba puntualmente los veinticinco o veintiséis duros que le daban en el escritorio, sería mejor tratado; se atrevió a pedir a los señores "Hijos de Juan Rapaz y C.^a" un aumento de sueldo, y el jefe le contestó sin mirarle:

—Atendiendo una indicación del padre Molares, cuyas súplicas son órdenes para nosotros, creamos la plaza que usted tiene, que podría muy bien desempeñarla una mecanógrafa de doce duros. Con los treinta de la diferencia nos hacemos cuenta que damos una limosna en sufragio de nuestras almas. Si a usted no le conviene seguir así, lo deja y ya ve que con ello no nos crea ningún conflicto.

La única persona que llevó algún consuelo a su corazón atribulado fué el nuevo deán de la Catedral, que a su llegada a la ciudad posó en la casa de huéspedes de doña Dalmacia.

El primer día de su estancia tuvo un rasgo que le capotó la más cordial simpatía de don Celedonio.

Levantáronse los manteles de la cena, desenvainó el magistrado su rosario de nácar y dispúsose a dirigir la religiosa práctica. El deán lo fulminó con su mirada, y en el tono más severo le dijo:

—Parece mentira que personas cultas y de elevada posición social como ustedes participen de estas corruptelas. Los que se asocian para rezar me parecen unos zánganos, que consideran la oración como un trabajo y buscan ayuda para realizarlo. Yo lo tengo por el mayor recreo espiritual y rezo solo, enviando las preces al cielo desde mi corazón, sin envilecerlas con mis labios.

A don Celedonio le pareció de perlas el discurso; pero delante de los demás no se atrevió a declararlo y aguardó el momento de que se retrajera a su cuarto para seguirle y darle un abrazo.

Con lágrimas en los ojos le contó su situación, y el deán, después de haberle escuchado atentamente, le dijo con amistosa sencillez:

—Su jefe le roba a usted todos los meses diez y siete duros, y los otros veinticinco se los roban a usted estas

piadosas señoras, pues la materialidad de la comida, que es lo que le dan, bien la gana usted con el trabajo doméstico; que a mí no se me oculta que usted hace la compra, dirige la cocina y a veces saca brillo al suelo y limpia los cristales.

Al ser como es, relativamente joven, lo que debe hacer es mandar a todos de paseo y buscarse un jornal aunque sea acarreando baúles de la estación. Lo que usted hace no sólo es comer con vilipendio; es vivir en la más estúpida y en la más inicua de las humillaciones.

XI

Un día el padre Loureiro propuso a don Celedonio Pérez Andorga:

—¿Usted se atrevería a tomar parte como orador en un mitin católico que celebramos esta noche?

Don Celedonio no dudó; inundósele el rostro de satisfacción, y frotándose las manos aceptó y prometió cumplir maravillosamente su cometido.

Cuando se quedó solo comenzó a ensayar el gesto delante del espejo, declamó unos cuantos párrafos de los que tanta gloria le valieran antaño en los centros republicanos de Madrid, y se dijo complacido:

—Ahora van a ver quién soy yo y se arrepentirán de haberme tenido dedicado a llevar estandartes en las procesiones, de haberme casado con una rosa mística y de estarme robando el dinero, la dignidad y la vida...

—“Señoras, señores, correligionarios y amigos: una de-

licada invitación de ese dechado de virtudes, parangón de excelencias y depósito inagotable de prudencia y sabiduría—ocioso es decir que hablo del Padre Loureiro, a quien Dios conceda los días de Néstor enlazados con los años de Abraham—, me brinda la ocasión, por mí siempre anhelada, de ponerme en comunicación espiritual con vosotros...” ¿Eh?, ¿qué tal? Vamos, que no he perdido los estribos. ¡Vaya un triunfo que me espera!

Y, efectivamente, lo alcanzó muy superior a sus ilusiones.

El acto tenía por objeto desagraviar a la Divina Providencia de lo que hubiesen podido molestarle algunas afirmaciones que el día anterior hizo D. Melquiades Alvarez a los postres de un banquete con el que le obsequiaron sus correligionarios de aquella ciudad.

Celebrábase en el mejor y más amplio de los teatros, y a él acudieron, además de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, las damas más linajudas, el honrado comercio, la no menos honrada banca, todas las Cofradías y Congregaciones y un buen plantel de obreros católicos puestos de limpio.

Presidió uno de los socios de la Casa Rapaz; habló primeramente una señorita del Roperio; luego lo hicieron un joven Luis, un joven Antonio, un joven Mariano y un joven Kostka, y, a continuación, le fué concedida la palabra a nuestro don Celedonio Pérez Andorga, en representación de los empleados católicos de Banca y Bolsa.

El prólogo de su discurso, que ya por el ensayo conocemos, levantó una formidable tempestad de aplausos.

Censuró luego la falta de fe y de caridad, culpando de ello a los malos Gobiernos, que en ocasiones son hasta liberales y herejes. Tuvo una pullita de buena ley para sus correligionarios allí presentes, de quienes diagnosticó que padecían un empacho de mansedumbre, y excitó a

todos a que se dispusieran por todos los procedimientos a la conquista del Poder político, que éste era el único medio de salvar a la Humanidad de su naufragio.

Hizo, por último, un párrafo brillantísimo para cantar las glorias de la Religión, y concluyó, entre aplausos atonadores: "¡Viva Jesús Sacramentado! ¡Viva la Iglesia! ¡Viva la Virgen!"

El señor Rapaz levantóse de su asiento presidencial y lo abrazó; el Padre Loureiro le besó en la frente, y la oleada de los vítores brotaba de todos los ámbitos del teatro en copiosos y arrolladores torrentes.

Había más oradores en la lista; pero ninguno se atrevió a profanar la tribuna que acababa de glorificar Pérez Andorga, y el acto se dió por terminado.

Al salir, una multitud elegante, perfumada y vestida de gala, le ovacionó nuevamente y le acompañó en triunfo a su domicilio.

XII

Don Celedonio Pérez Andorga se equivocó al considerar que con aquel éxito ruidoso había asegurado su porvenir y resuelto su problema.

Doña Dalmacia y doña Sabina no se pagaron de aquellas glorias y siguieron tratándole como antes, y si cabe, peor. En la Casa Rapaz, a pesar del abrazo, no le aumentaron el sueldo. Con calor o con frío vióse obligado muchos domingos a llevar el estandarte por las calles, y únicamente el Padre Loureiro parecía mirarle con un ges-

to de sincera admiración, y calmó sus quejas prometiéndole que las compensaciones llegarían más tarde.

En cambio, ya no hubo mitin, ni asamblea, ni reparto de premios, ni ceremonia místico-profana en donde no tuviera que pronunciar un discurso; en prepararlos se le iban las pocas horas que le dejaban libres la oficina y la dirección y administración de la hospedería.

Pero si su éxito no le valió ventajas materiales, estuvo a punto de ocasionarle un serio contratiempo. Un Fiscal de aquellos pocos para quienes la ley es atea, como a propuesta de Odilón Barrot hubo de declarar la Convención, lo denunció por algunas frases pronunciadas contra el Régimen en la noche memorable de sus estrepitosas aclamaciones, y el Juez lo procesó.

Al saberlo doña Dalmacia y doña Sabina lloraron copiosamente y acentuaron su desvío hacia aquel hombre protervo, a quien ya veían en presidio, después de haber deshonrado con su delito la familia.

Su jefe, el socio del que lo abrazó, lo llamó a solas a su despacho y le dijo misteriosamente: '

—Arregle usted eso como pueda, y en el plazo más breve, que yo no puedo tener en mi casa un procesado.

Por fortuna, entre el Padre Loureiro y el Magistrado que se hospedaba en la casa de doña Dalmacia arreglaron en seguida *aquello* satisfactoriamente.

Las compensaciones llegaron, como el fraile había anunciado.

Iban a celebrarse unas elecciones para concejales. Los católicos apresuráronse a proclamar su candidato a don Celedonio Pérez Andorga, y a todos pareció la determinación justa y acertada.

—Ya es hora—pensó—de que empiece mi carrera política.

Doña Dalmacia, cuando lo supo, le preguntó qué sueldo

tenían los concejales, y al través de aquella pregunta vislumbró don Celedonio que la carrera política no le procuraría la paz del hogar.

Los republicanos, para entrar en la contienda armados de todas armas, crearon un diario, y acertaron a traer para dirigirlo a un periodista madrileño, que al momento identificó a Pérez Andorga, y bajo el epígrafe *¿Sabéis quién es el pupifero de la calle de los Altares?*, apresúrose a contar cuanto sabía de su vida y milagros. Un redactor local que le ayudaba le indujo a intercalar una humorística alusión a su matrimonio con doña Sabina.

La sorpresa de los católicos al conocer los antecedentes de don Celedonio, no es para descrita. Muchos le negaron el saludo; muchos otros esquivaron su trato y su presencia; no faltaron quienes elevaron al Comité del partido una instancia con muchas firmas para que lo eliminasen de la candidatura, y de nada sirvieron cuantos esfuerzos consagró el Padre Loureiro a presentarlo como un pecador arrepentido.

Su jefe volvió a llamarlo a su despacho, y después de cerrar la puerta misteriosamente, sin mandarlo sentar, le preguntó:

—¿Es cierto lo que dice de usted el diario republicano?
Don Celedonio calló.

—Basta—concluyó Rapaz—; ese silencio equivale a la afirmativa. Bien podía el Padre Molares haberme enterado de todo y evitarme el disgusto de tener en mi casa un hombre de esos antecedentes, que para mí son como antecedentes penales. A cargo del sueldo de usted voy a llamarlo a una conferencia telefónica y, si me autoriza para ello, quedará usted despedido. Por de pronto, apresúrese a renunciar a su candidatura. En eso mando yo, y no puedo tolerarlo.

El Padre Molares sin duda desarmó las iras del señor

Rapaz, y Pérez Andorga continuó colocado en la casa de Banca. En cuanto a lo demás, con grave detrimento de su flaco bolsillo, publicó un manifiesto en el que declaraba la verdad sobre su pasado: decía que un movimiento de conciencia habíale inducido a abjurar de sus errores, y aducía, como prueba de que en el seno de la Iglesia sólo buscaba bienes espirituales, su renuncia al cargo de concejal y a cuantos cargos honoríficos pudiera en adelante conferirle la bondad de sus correligionarios.

XIII

Rápidamente se desvanecieron las glorias de don Celedonio.

Hablaba en los mítines y el público, lejos de aplaudir como antes su arrebatadora elocuencia, tomábale a chacota y, en ocasiones, hasta llegaron a pedir que bailase.

El momento de su mayor angustia fué cuando después de descubierto su pasado, tuvo un domingo que cargar con el consabido estandarte y volver a pasearlo por las calles de la ciudad.

Hasta de rodillas pidió que se le librara de aquella exhibición; quiso, fracasado en sus súplicas, ponerse enfermo; pero todo fué inútil: había que optar por la procesión o por la cesantía, pues el estandarte era un regalo que hizo a la Iglesia la señora viuda de don Juan Rapaz, con la condición de que en todas las procesiones habría de llevarlo el empleado más moderno de la Casa de banca.

Salió don Celedonio con su banda morada y su cinta

roja, y los chiquillos, azuzados por los republicanos, se encaraban con él, le gritaban “¡Viva la República!”, y salían corriendo.

Estos azares y el peso del estandarte, que no era liviano, hacían al pobre hombre sudar la gota gorda, y al observarlo, ya no fueron los chicos, sino los mayores, quienes le decían con la socarronería más aguda:

—Con el sudor de tu frente ganarás el pan... eucarístico.

Otros le increpaban:

—Cuando cambies otra vez la casaca, hazte judío, que esos no tienen santos ni pendones.

Un grupo de muchachas que desde la acera contemplaban la fiesta, acogió el paso de don Celedonio con un coro de carcajadas estridentes. Una de ellas lo señaló con un dedo y las risotadas subieron de tono.

Entonces el deán, compadecido, destacóse de su sitio y les dijo cariñosamente:

—Hijas mías, es una lástima el que vuestros padres o vuestros maestros no os hayan enseñado a leer en el “Quijote”. En uno de sus primeros capítulos, y con motivo de un incidente parecido a éste, dice el caballero a unas mozas, a las que sin duda aventajáis en belleza y en honestidad:

“Bien parece la medida en las hermosas y grave indiscreción es la risa cuando de leve causa procede.”

Tenedlo presente para otra vez, hijas mías.

Alejáronse las muchachas ruborizadas, y don Celedonio pagó al clérigo su generosa intercesión con una mirada de gratitud.

Y los fieles no podían ocultar su satisfacción al ver así vejado y escarnecido, hasta purificarse por completo por el sufrimiento, al que un día formara en las legiones de los enemigos de Dios y de la Iglesia.

Terminada la procesión tuvo con el Padre Loureiro una decisiva conferencia.

—No puedo más—le dijo—; si yo he de seguir con ustedes necesito, en primer lugar, que no me vuelvan a poner en evidencia, y, en segundo, que los señores de Rapaz me aumenten el sueldo o me supriman los descuentos; la vida del hogar me es aún más amarga que la vida de la calle, y tengo para mí que entregando más dinero a doña Dalmacia lograría dulcificar su carácter. A usted le encomiendo mi suerte: o me consigue estas dos cosas o me vuelvo con los republicanos.

El Padre Loureiro lo envolvió en una mirada dulce y piadosa, se dió unos cariñosos azotitos en la panza y le dijo, acompañando sus palabras con la más jovial de sus sonrisas:

—Pero, hijo mío, ¿para qué le habían de querer ya los republicanos?...

Una nueva desgracia vino a colmar las infinitas amarguras de don Celedonio Pérez Andorga. *El Mensajero del Corazón de Jesús* llegó un día con orla de luto, y su primera plana era la esquila funeral del Reverendo Padre Molares.

Tuvo la noticia don Celedonio por su respetable jefe, que, como en las grandes solemnidades, lo llamó a su despacho para enseñarle la revista. Después añadió:

—Ya habrá comprendido que desde este momento queda usted despedido de la casa. Estamos a 16, así que le corresponden ciento cuatro pesetas y quince céntimos. Aquí tiene. No le descuento las multas por faltas gramaticales para que lleve un recuerdo grato de nosotros, y las cuotas de las Cofradías ya se las cobrarán a domicilio. Páselo usted bien.

Salió don Celedonio para siempre de aquella oficina como aturdido por el golpe. Cuando se vió en la calle le

asaltaron las ganas de llorar, y corrió a su casa para ocultar las lágrimas.

Su mujer había salido a misa, y por ello doña Dalmacia tuvo que ser la primera confidente de la hecatombe.

Contra lo que don Celedonio esperaba, su mamá política acogió la noticia con la más cristiana resignación, y viéndole lloroso y compungido le dió una palmadita en el hombro y le dijo cariñosamente:

—No te apures, hijo mío; despediremos a la criada, y con esta economía supliremos la falta de tu sueldo.

Don Celedonio eligió las mejores palabras de su copioso léxico para agradecer a aquella bondadosa señora sus delicadezas.

Doña Sabina, en cambio, cuando lo supo, lo llenó de improperios y afirmó, como si le constara, que lo habían despedido por vago, por indisciplinado y por falto de fe y de creencias religiosas.

XIV

Don Celedonio se hundió por completo en el abismo.

Doña Dalmacia se negó a pagar las cuotas del Círculo Católico y de las Congregaciones, y, como consecuencia, en todas partes le dieron de baja, llegando así a verse sin más sociedad, tertulia ni compañía que la de su mujer y su suegra.

Curando despidieron la criada para enjugar el déficit, le entregaron un librote de cocina y un mandil, y a su cargo quedó el guisar en adelante cuanto en aquella mesa se servía.



Las mujeres arreglaban las habitaciones y hacían las camas; pero ni una mañana pasó sin que alternativamente, o a la vez, le hicieran estos requerimientos:

—Celedonio, ayúdame a mullir este colchón, que me duelen los riñones.

—Celedonio, limpia tú esas vidrieras y esa lámpara, que ni mamá ni yo estamos para hacer volatines...

—No puedo más. Me matan estos calambres; acaba tú de sacar brillo al comedor...

Por las mañanas, muy temprano, entraba en la alcoba de doña Dalmacia, recibía el dinero para la compra, cogía la cesta y marchábase al mercado para adquirir las provisiones.

Entre las vendedoras llegó a ser conocida su personalidad en todos sus aspectos, y más de una vez lo recibieron con un "¡Viva Lerrets!" que tiñó de grana sus mejillas.

En aquella vida mortificante y azarosa llegó a sentir la nostalgia, no ya de las aclamaciones y de los triunfos, sino hasta de las rechiflas con que le acogían cuando su pasado fué descubierto, y hasta del pesado estandarte de la señora viuda de Rapaz.

Mil veces estuvo decidido a emprender la fuga, marchar a un sitio en donde nadie le conociera y ganarse allí la vida trabajando a lo que fuese; pero siempre que a su cerebro llegaba esta idea, traía como escolta fatal el recuerdo de aquella ducha que lo empujó a los brazos amorosos del Padre Molaes, y ante la probabilidad de verse de nuevo en situación idéntica cerraba los ojos y decidió seguir aquel duro camino del Calvario hasta que la Providencia o el azar tuviesen a bien ponerle término de algún modo.

XV

Un día, el pescadero a quien de ordinario le compraba, celebraba su santo y le obsequió con un cigarro puro.

Don Celedonio lo tomó con deleite; hacía mucho tiempo que no podía permitirse un placer semejante. Para disfrutar de él a sus anchas, con verdadero sibaritismo, lo guardó para después de cenar; mientras los demás dormían y ordenaba él los cacharros de la cocina se lo fumaría tranquilamente, solito, apurando la colilla hasta quemarse los dedos.

Como lo pensó, lo hizo.

Dejó a las dos mujeres en el comedor dispuestas a recogerse; fué a la cocina, entornó la puerta, encendió su cigarro, hundió los pulgares en los bolsillos de su chaleco y comenzó a dar paseítos presuntuosos, como los que daba cuando fué orador en las tribunas de sus triunfos.

Aquellas bocanadas de humo perfumado iban poco a poco reconciliándole con la vida.

—Después de tantas y tan terribles luchas, porque yo he sido un luchador formidable, no cabe duda—pensaba—, he llegado a la nada, al no ser, a sobrevivirme. Tal vez dentro de poco empezaré a saber ya cómo la posteridad me juzga. Doña Dalmacia me ha hundido vivo en una tumba que tiene agujeritos por los que veo el mundo. No deja esto de tener sus encantos. ¡Quién sabe si después de triunfar hubiese sido yo más desdichado! Ya lo dijo el poeta:

Humo las glorias de la vida son...



Y adoptando una postura gallarda, echaba atrás la cabeza y hacía fulgurar la lumbre de su cigarro.

La voz cascada y desabrida de doña Dalmacia llegó inoportuna a despertarlo de su sueño conformista.

—¿Pero qué hace ese condenado que no friega? ¿Habrá tenido la poca vergüenza de dormirse?

De pronto abrió la puerta y dió de manos a boca con su yerno, que mordía el puro con verdadero deleite.

—¡Virgen Santísima!—prosiguió la vieja—. ¡Sabina! ¡Hija mía! ¿No te lo acabo de decir? Este granuja de tu marido nos sisa. Ya ves, ya ves, qué buenos puros se fuma a costa de nosotras.

—Señora, mire lo que dice.

—¿Tendrá valor para contestarme? ¿A mí, a su madre, a la que le está matando el hambre desde que en menguada hora llegó a esta casa?

De nuevo intentó replicar don Celedonio, y las dos mujeres cayeron sobre él y le ensangrentaron el rostro con las uñas. Doña Sabina, además, le arrancó el puro de la boca, lo tiró al suelo y lo pisoteó con rabia inaudita.

Después se retiraron las dos, triunfadoras y satisfechas.

Don Celedonio Pérez Andorga durmió aquella noche en el cuarto oscuro destinado a la criada, sin mantas y sobre un jergón de hoja de maíz.

Levantóse muy de mañana y, como si nada hubiera ocurrido, tomó de la mesilla de noche de doña Dalmacia el dinero para la compra. Cogió la cesta y salió hasta sin dar el portazo que en semejantes casos es de rigor.

Ninguna de las dos mujeres pensó que en la mente de don Celedonio hubiera podido germinar un mal propósito.

Dejó la cesta en la portería y salió decidido a no volver a aquel sitio de sus tribulaciones.

Pero ¿adónde ir con lo puesto y con dos duros en el bolsillo por todo capital?

—Una sola persona—pensó—puede guiar mis pasos acertadamente, puesto que a mí nada se me ocurre.

Y voló a la Catedral en busca del deán, su amigo, que continuaba siéndolo aun cuando se fué ya hacía mucho tiempo de la hospedería de doña Dalmacia.

Acababa de decir misa, y lo encontró en la sacristía desnudándose de las sagradas vestimentas.

Le contó sus cuitas punto por punto, le mostró los arañazos de su rostro y le declaró su propósito de no volver a enfrentarse con aquellas mujeres.

Cuando hubo terminado le dijo el sacerdote:

—Hace usted bien. En esa casa, como ya le tengo dicho, gana sobradamente el pedazo de pan que se lleva a la boca; pero el trabajo que hace no es el adecuado ni el decoroso para un hombre que, como usted, tiene una regular inteligencia y alguna cultura.

Equivocó usted su camino desde el principio; ser republicano anticlercal y serlo con todos los demás *antis*, es cosa fácil; no es menos fácil ser católico ortodoxo y militante. Cualquiera puede ser republicano y cualquiera puede ser católico; pero vivir de serlo es la mayor imbecilidad que puede anidar en cerebro humano; a las ideas se las sirve, pero no se las trasquila como a los rebaños. Todas tienen sacerdocios retribuidos, pero a ellos se llega por un aprendizaje que usted no quiso hacer y por un esfuerzo que usted no quiso realizar.

No me atrevo a señalar a usted un camino, porque, a mi juicio, todos son buenos cuando la inteligencia los ilumina y la voluntad los desbroza.

Si vuelve usted a la hospedería, en vez de servir, mande, que a ello le da derecho su condición y estado.

Si vuelve a ser republicano, pronuncie discursos y con-



ferencias por las noches, después de haber invertido el día en un trabajo útil y honesto.

Y si decide permanecer entre nosotros y colaborar en nuestras prácticas y en nuestras propagandas, empiece por tomar un raspador y una pluma, y enmiende su catecismo: en donde, con referencia a nuestro pan de cada día, dice *dánosle hoy*, debe decir *ganémosle hoy*.....

Don Celedonio Pérez Andorga optó por volver a los lares de su señora madre política, con la cesta colgada del brazo; pero dispuesto a mandar y ser obedecido.

Trabajo enorme costó apearle de esta pretensión loca y vana; fué preciso que doña Dalmacia le pusiera la escoba en contacto con las mejillas, que doña Sabina lo asaeteara con pellizcos retorcidos y que el coronel desenvainara una vez más su glorioso acero en defensa de aquellas mujeres oprimidas.

Por fin, don Celedonio volvió a recluirse en su tumba con agujeritos, y sobre su losa tumular doña Dalmacia, en vez del consabido *aquí yace*, escribió con letras rectas y firmes: *Se prohíbe fumar. Cuidado con las sisas.*

E. Panichero y Herrera



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA



FIN

La Novela de Hoy

correspondiendo al favor cada día más creciente que el público le otorga, ha adquirido LA EXCLUSIVA de las producciones de los grandes escritores

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

JOAQUÍN BELDA

«EL CABALLERO AUDAZ»

ALBERTO INSÚA

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ

RAFAEL LÓPEZ DE HARO

PEDRO MATA

y otros.

Tan enorme esfuerzo, sin precedente en España, no ha vacilado en hacerlo

La Novela de Hoy

en obsequio a sus numerosísimos lectores.

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

M A D R I D

Apartado 502.—Librería: Caballero de Gracia, 28

Obras de PAUL VERLAINE

Ptas.

Tomo I.—Poemas saturnianos, traducidos en verso por Emilio Carrere.....	4
Tomo II.—Los poetas malditos, traducción de Bacarisse.....	4
Tomo III.—Luisa Leclercq, traducción de E. Puche.....	4
Tomo IV.—Fiestas galantes, traducción de L. Fernández Ardavin.....	4
Tomo V.—Canciones para Ella, traducción de E. Carrere.....	4
Tomo VI.—Confesiones, traducción de Puche	4
Tomo VII.—Cordura, traducción a cargo de E. Díez-Canedo.....	4

SEGUIRA TODA LA LABOR DEL POETA



Pedidos directamente a "Mundo Latino",
Apartado 502.

Solicítense catálogos. Envíos contra reembolso.

1400

LA NOVELA DE HOY

Oficinas: Prado, 2, segundo.
APARTADO 473

~~— FINE —~~

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Año.....	14 ptas.
Semestre.....	8 —

EXTRANJERO

Año.....	22 ptas.
Semestre.....	14 —

PORTUGAL

Año.....	16 ptas.
Semestre.....	10 —

~~— FINE —~~

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal, sellos de correo o sobre monedero.

C/1017157

T-16776

26 APR. 2000

En nuestro número próximo

PUBLICAREMOS

El vengador de Juliano

POR

Vicente Díez de Tejada

Ilustraciones de M. RAMOS